

El Psicoanálisis

Por HONORIO F. DELGADO

Interno del Hospicio de Insanos

(Continúa de la pág. 210 del N° 6, Vol. I)

CAPITULO V

«Mais tandis que nous nous sentons suspendus à ces objets matériels que nous érigeons ainsi en réalités présentes, au contraire nos souvenirs, en tant que passés, sont autant de poids morts que nous trainons avec nous et dont nous aimons mieux nous feindre débarrassés».

HENRY BERGSON (1)

Nuestra experiencia psicoanalítica, que al presente se reduce a la autognosis personal, no nos autoriza a hacer crítica destructiva de las teorías de FREUD. En las líneas que siguen, intentamos, si, encuadrarlas dentro de una concepción científica más general de la psicodinámica: tal vez esto resulte una prueba de orden deductivo en favor de lo fundado de los principios del psicoanálisis.

Toda la actividad psíquica del individuo es reductible a procesos de recepción y de expresión, con una fase intermediaria que realiza el cambio de la energía psíquica, trocandola de aferente en eferente. Esta fase intermediaria es indudablemente muy com-

(1) BERGSON, *Matière et mémoire*, 8a. Ed., Paris, 1912, p. 156-7.

No se infiera del hecho de que citamos frases de BERGSON, que expresan bien conceptos psicológicos particulares, que patrocinamos las extraviadas concepciones generales del elocuente metafísico. Por el contrario, en un estudio todavía inédito (*La Biología Bergsoniana ante la Filosofía Científica*), tratamos de confutar los principios fundamentales de tal filosofía y el método que emplea su inventor.

pleja y por ello «parece imposible explicar todos los movimientos de un organismo superior por simples reflejos» (1). Lo que sucede es que las impresiones causadas por acciones exteriores o de origen orgánico no son siempre seguidas inmediatamente del proceso motor que ellas determinan, sino que buen número de ellas determinan la fase eferente que les corresponde después de un tiempo más o menos largo; es decir que el proceso queda en suspenso en la fase intermediaria, la cual hay razón para suponer que es de naturaleza efectiva, pues la vida afectiva «en su raíz—como dice TH. RIBOT—es tendencia, acto al estado naciente». (2)

Todos los psicólogos admiten hoy que no hay proceso psíquico que no esté animado por cierto tono afectivo, y que no hay afectividad que no contenga elementos motores. «El movimiento—dice ALFRED FOUILLEE—está ligado, bajo una forma latente, a los sentimientos más libres en apariencia de toda relación con él.» (3)

La emoción, latente o manifiesta, no sólo es la reliquia de una impresión pasada, sino el resorte necesario de una acción por venir: «Me parece muy poco verosímil—dice a este propósito BERGSON—que la naturaleza, tan profundamente utilitaria, haya asignado aquí a la conciencia la tarea totalmente científica de hacernos conocer lo pasado o lo presente que no depende ya de nosotros.» (4)

Hablando más claro, la percepción engendra de manera ineluctable una reacción o descarga adaptada a aquélla; pero entre ambos tiempos de tal fenómeno, se intercala un eslabón de naturaleza afectiva, que correspondiendo a la percepción, es a la vez la preformación del movimiento o reacción condicionada por ella. (5) Es posible, por lo menos teóricamente, que si la fase de reacción es la expresión total de la percepción, es decir, que si ella gasta todo el *quantum* energético del proceso, no quede en la psí-

(1) HOEFFDING, *Psychologie fondée sur l'expérience*, Paris, 1900, p. 408.

(2) RIBOT, *La Psychologie des Sentiments*, 8a. Ed. Paris, 1911, p. 439.

(3) FOUILLEE, *La Psychologie des Idées-Forces*, Paris, 1893, T. II, p. 213.

(4) BERGSON, *Les Données Immediates de la Conscience*, 10a. Ed., Paris, 1912, p.

25.

(5) Como se vé, nuestra tesis no es compatible con el teoría JAMES-LANGE-SERGI, según la cual la emoción es la repercusión cerebral consecutiva a los cambios motores cardiovasculares. Estos fenómenos, como todos los conocidos como expresión de las emociones, son, por el contrario, posteriores a los cambios psíquicos: pertenecen a la fase eferente: la realizan esbozada o frustrada. Tal afirmación está de acuerdo con las experiencias de laboratorio de SERESNEWSKY (v. BECHTEREW, *Psychologie Objective*, Paris, 1913, p. 109 y 311-2.), gracias a las cuales se ha comprobado que bajo el efecto del pa vor, la alteración del tonus neuropsíquico se produce antes de la aparición de los fenómenos cardio-vasculares.

quis ni trazas de la impresión y de la emoción antecedentes y causantes de la reacción. Pero es razonable conjeturar que eso tiene lugar muy raramente: casi siempre queda un residuo de la actividad intermediaria, por lo menos en estado potencial. Sucede — quizá en la mayoría de los casos— que la fase de expresión no se realiza ni esbozada en el momento de la acción centrípeta; entonces todo el *quantum* dinamógeno queda en estado potencial en la fase intermedia o central: conservará su poder hasta que se derive por vía eferente.

Esto nos lleva a sostener que los residuos afectivos de percepciones pasadas que no se *expresaron* (total o parcialmente) persisten en la mente y que son la masa de los recuerdos. Tal aserción se halla confirmada por las experiencias del psicólogo polaco EDUARDO ABRAMOWSKI, para quien «cada hecho que pasa por la conciencia deja su equivalente emocional (criptomnésico y a-intelectual) que se conserva como tal en nuestra subconsciencia; cada recuerdo no es más que una representación intelectual de este equivalente». (1)

Una parte de la actividad psicológica de un individuo, en un momento dado, corresponde a los estímulos exteriores o interiores (que parten de los órganos) presentes, y la otra a estímulos anteriores que han sobrevivido en la subconsciencia— que, según lo dicho, no es otra cosa que el *stock* de afectividades que siempre pugnan por expresarse— son expresiones póstumas, si se nos permite el calificativo, pues corresponden, por vía centrífuga, a estímulos fenecidos quizás varios años há y que en el momento presente se reaniman y entran en acción gracias a circunstancias favorables que condicionan menor resistencia a su expresión; es, como diría BERGSON, «el pasado inclinado sobre el presente que va a juntarse, apretándose contra la puerta de la conciencia, la que quisiera dejarlos fuera.» (2) A estos actos es a los que se cree completamente espontáneos, creaciones de la mente.

Recíprocamente, tomando las impresiones de un sujeto en un momento dado, veremos que también una parte de ellas es *contestada* por reacciones o expresiones más o menos proporcionadas al estímulo, y otra que no recibe absolutamente respuesta. Hay, pues, un coeficiente de absorvencia, el cual corresponde a la energía psíquica que queda sin derivarse a la periferia. Los equivalentes mnemónico-afectivos específicos que encarnan esta energía, no

(1) ABRAMOWSKI, *Nouvelle théorie de la Mémoire fondée sur l'Expérience*, «Journal de Psychologie Normale et Pathologique», X, 5, 1913, p. 376.

(2) BERGSON, *L'Evolution Créatrice*, 19a. Ed., Paris, 1916, p. 5.

se conservan siempre como unidades independientes, sino que sufren acciones mutuas y acciones de las percepciones actuales; según esto, pueden organizarse obedeciendo a las leyes de asociación por confluencia, por agregación, por composición, por interferencia y por inhibición. De esta suerte resulta explicado el fenomenismo psicológico, tan intrincado, que hace materialmente imposible poder rastrear el o los orígenes centrípetos de cada manifestación motora: pero el hecho aquí es que, según la imprescindible expresión de BERGSON, «el pasado tiende a reconquistar su influencia perdida, actualizándose.» (1)

La realización de la fase reactiva, término natural de cada proceso psíquico, no pudiendo en muchos casos tener lugar objetivamente en la acción motora u orgánica, por diversas acciones interferentes del momento, tiene otro camino, aunque no tan eficaz, por donde descargarse, cual es su verificación *in mente*. Es menester, entonces, distinguir dos funciones en la inteligencia, que, dada la complejidad de la vida mental del hombre, es imposible separarlas netamente: de una parte, la función receptora o cognitiva, de otra, la de reacción, no por manifestaciones exteriores apreciables, sino por trabajo interior y directo del pensamiento. El término de la diferenciación y evolución de los elementos del contenido afectivo de la subconsciencia puede ser, pues, la imaginación—como actividad vicariante de la acción corporal—. Es en este caso que, según las palabras de HENRY MAUDSLEY, «la energía de la reacción al estímulo es gastada en el nacimiento de la idea y en la reacción de ella sobre otras ideas,—en otros términos, en el desarrollo intelectual.» (2)

Sin embargo, no se crea que la energía de la fase intermedia se aniquila por pura intelectualización; no, siempre se descarga por vía centrífuga algo de la energía, pues el mismo «elemento ideativo en actividad tiende a desarrollarse hasta encontrar su expresión» (3), y «el movimiento que se ve en representación, o que se quiere, es ejecutado realmente, en la medida que los obstáculos no se oponen a él en el mismo momento.» (4)

Todo lo dicho nos conduce a la conclusión de que el psiquismo, como el organismo en general, es simplemente un transformador energético cuyo carácter propio es la autoconservación; lo

(1) BERGSON, *Matière et Mémoire*, p. 141.

(2) MAUDSLEY, *The Physiology and Pathology of the Mind*, New York, 1874, p. 134.

(3) TASSY, *Le Travail d'Ideation*, Paris, 1911, p. 256.

(4) EBBINGHAUS, *Psychologie*. 3a. Ed., Paris, 1912, p. 153.

cual armoniza con el pensamiento de WILLIAM JAMES: «El organismo nervioso en su conjunto, psicológicamente considerado, es simplemente una máquina que convierte los estímulos en reacciones.» (1)

El principio que sostenemos de la tendencia fatal a la expresión como ley fundamental del psicodinamismo, se vé más claro si se le considera desde el punto de vista de su origen filogenético. Si, como regla general, «la psicología es una ciencia genética y debe adoptar el método genético», (2) como afirma JOSE INGENIEROS, en el caso particular de nuestro tema, este método está mejor indicado que nunca. Examinemos, pues, rápidamente el origen y desarrollo de los procesos psíquicos.

El desenvolvimiento de las funciones psicológicas no se ha realizado a través de las especies por variaciones bruscas, de suerte que no hay diferencia de naturaleza entre la actividad psíquica de una amiba y la de un hombre. «Inteligencia, instinto, acción refleja, dice CHARLES RICHEL, tales son pues los tres términos de la psicología. Entre estas tres formas de la actividad, no hay barrera, no hay hiato, no hay abismo. La gradación es regular, sin fisura, sin laguna». (3)

Las manifestaciones psíquicas rudimentarias son integrales: la acción exterior, al impresionar la materia viva, modifica al mismo tiempo su equilibrio adaptativo; pues en la irritabilidad se encuentran unidas directamente, sin estación intermediaria alguna, la corriente aferente y la eferente; entonces, como dice RIBOT: «sensibilidad y motricidad son indivisas». (4) En el tropismo, los animales inferiores actúan mecánicamente por reacciones inmediatas, provocadas directamente por excitaciones físicas o químicas del medio. En los seres más evolucionados, comienza, debido a la mayor complejidad de su organización, la variedad en los movimientos provocados por las acciones del medio. Estos movimientos entran en conflicto unos con otros; es esta la etapa en que se intercala la afectividad entre el proceso aferente y el eferente del arco: nace entonces la verdadera memoria psicológica (distinta del hábito, que facilita la reproducción de un movimiento, pero que no implica latencia de energía). Como unos estímulos inhiben la realización motora de los otros, se tiene por resultado que los estímulos hacen nacer en el animal una tensión interior, que como no se

(1) JAMES, *Principios de Psicología*, 2a. Ed., Milano, 1905, p. 695.

(2) INGENIEROS, *Principios de Psicología Biológica*, Madrid, 1913, p. 431.

(3) RICHEL, *Psychologie Générale* 9a. Ed., Paris, 1912, p. 3-4.

(4) RIBOT, *Problèmes de Psychologie Affective*, Paris, 1910, p. 19.

gasta, queda como acto en potencia, que no se aniquila en el interior del ser y que se manifestará cuando desaparezca la acción interferente de los estímulos actuales. Ahí está el origen de la actividad espontánea, es decir, de los movimientos realizados sin estimulación externa, que, en el hombre, los metafísicos ilusionados han llamado libre albedrío. En los seres inferiores, habría, pues,— como piensa CHARLES HENRY—habría proporcionalidad entre la sensación y el movimiento, en tanto que en los seres superiores, la relación sería más complicada y podría tomar una forma logarítmica. (1)

Cuando la actividad refleja, por las causas expuestas, en los animales de complicada organización, dilata su fase central, comienza una época nueva en la evolución psicológica del *filum*: a partir de ese cambio, que hasta cierto punto es una desadaptación, las funciones mentales toman un desarrollo infinito y multiforme: los seres, gracias al nuevo equilibrio mental, adquieren verdadera experiencia individual, memoria asociativa, y, por lo mismo, la complejidad de la organización progresa más intensamente. «A medida que los animales se perfeccionan — dice GEORGES BOHN — los estímulos internos toman más y más importancia»; (2) ello se debe a que mayor es el coeficiente de la actividad reactiva retardada. Lo que BOHN llama «estímulos internos» no son más que lejanos estímulos externos que, por no haber sido correspondidos por vía eferente, reviven y se extravierten. Según lo anterior, y como resumen, podemos decir—parafraseando a BERGSON—de un animal dado, que si su actividad reactiva mide su poder reflector, la masa de sus residuos afectivos mide su poder absorbente; el cual está en razón directa con la elevación del ser en la escala zoológica, al contrario del poder reflector, que está en razón inversa.

En la evolución ontogenética, la psíquis—como el organismo en su desarrollo morfológico—recapitula la evolución psicológica de la especie, pasando la mentalidad individual por todas las etapas que atravesara la especie. Pero, además coexiste en el organismo desarrollado totalmente, con las actividades superiores, procesos elementales, simples reflejos, que son verdadera supervivencia de la humilde psíquis que fuera exclusiva en un principio. Debajo del cerebro que es el órgano cuyas funciones psíquicas tienen el mayor poder absorbente, se encuentra la médula que bate el *record* en materia de poder reflector.

(1) HENRY. *Psychophysique et énergétique. Psycho-biologie et énergétique*. «Institut Psychologique», 1909. (GEORGES BOHN, *La Nouvelle Psychologie Animale*, Paris, 1911, p. 65.)

(2) BOHN, *La Naissance de l'Intelligence*, Paris, 1910, p. 185.

La realidad de la naturaleza refleja de todos los fenómenos psíquicos del hombre, ha sido estudiada experimentalmente, y de una manera casi exhaustiva, por W. BECHTEREW: para él no hay más que reflejos aislados o asociados, activos o inhibidos, actuales o reviviscentes; por eso conceptúa que la psicología, objetivamente considerada, es sólo *reflejología*. «Lo mismo que los reflejos, escribe, los procesos neuropsíquicos no se separan en ningún punto de su base fisiológica. Terminan siempre en la producción de un acto externo y presentan una analogía con los reflejos que puede proseguirse en los más pequeños detalles. Objetivamente todo el trabajo del pensamiento se reduce a la reviviscencia de trazas cerebrales dejadas por reacciones exteriores. El desarrollo de la vida neuropsíquica se reduce en fin de cuentas al enriquecimiento del organismo en reflejos cerebrales con inhibición central y facultad de descarga sobre impulsiones a veces muy alejadas». (1, 2) Sin embargo, necesario es que indiquemos que no nos hacemos solidarios con el objetivismo bechterewiano cuando se torna en exclusivismo fisiologista.

Relacionando ahora el material que estudia el psicoanálisis con esta concepción de la dinámica de la vida psíquica, hemos de insistir sobre los factores que inhiben los procesos psíquicos. Por encima del hecho de que las sensaciones actuales y los residuos afectivos del pasado obstaculizan el acabamiento de otros reflejos, hay que considerar un principio de selección: en la conciencia priman ciertos valores, tiene en ella fuerza inhibitoria poderosa determinada categoría de reflejos; de modo que teniendo estos la primacía, los otros quedan rezagados, y si son de naturaleza tal que por cierto matiz están en violenta oposición con aquellos cuyos valores gozan del favor del yo consciente, son definitivamente obliterados, no pueden completar el arco en condiciones normales. Pero como es poderosa la energía de la «emoción estrangulada» (FREUD) de estos reflejos, cuya expresión interfieren otros procesos de la conciencia, trata de expresarse siguiendo caminos desviados, y lo consigue, sea pasando a la inervación periférica, como sucede en la conversión de la histeria, sea por imágenes durante el sueño o en los momentos de distracción, cuando las soli-

(1) BECHTEREW, *Psychologie Objective*, Paris, 1913, p. 25 y 472-3.

(2) Las investigaciones anatomofisiológicas del gran psicólogo ruso y de sus discípulos han puesto en evidencia que todas las zonas del cerebro, aun las consideradas como receptoras o sensoriales, no carecen de fibras centrifugas, «abductoras», como él las llama.—V. BECHTEREW, *La localisation des Psycho-réflexes dans l'écorce cérébrale*. «Scientia», XX, LVI, 1916, p. 444-457.

citaciones exteriores cesan y los procesos conscientes se debilitan, sea sobreponiéndose a los procesos conscientes, cuando su poder energético acumulado es superior a la fuerza inhibitoria, como sucede en los estados psicopatológicos.

La represión no es verdaderamente una entidad, como no lo es la conciencia, sino el nombre del fenómeno por el cual resultan impedidos para integrar su arco diastáltico cierta clase de reflejos que tienen una cualidad o atributo egoísticosensual, incompatible con los otros que son eticosociales.

La labor del analista, contemplada desde nuestro punto de vista, es desestrangular las emociones patógenas, favoreciendo su expresión eferente por vía verbal, e impedir la asociación de reflejos en grupos antagónicos, anulando en cuanto sea posible— por la creación de una nueva síntesis — el principio o causa del cisma intrapsíquico.

CONCLUSION GENERAL

«No es una tarea fácil hablar de psicoanálisis en estos días», (1) decía hace cinco años uno de los miembros más conspicuos de la escuela psicoanalítica, al comenzar la primera conferencia de un curso de perfeccionamiento en Fordham University, de New York. Mil razones más hay ahora para hacer la misma exclamación. Por eso es que buen número de las presentaciones sintéticas del psicoanálisis son exposiciones equívocas, sofisticaciones o «rumores del psicoanálisis» (2). ¿Nuestro trabajo puede contarse en el número de éstas? No es el autor quien puede juzgarlo. Lo cierto es que, esforzándonos en extremo por ser lacónicos y prescindiendo de toda historia, creemos—gracias al auxilio de la buena bibliografía citada—creemos haber resumido las últimas conclusiones desprendidas del estado actual de la experiencia psicoanalítica: consideramos, pues, este trabajo como la osamenta doctrinal del psicoanálisis de hoy en día.

Hay, sin duda, en la historia de la Medicina, pocos métodos que en corto tiempo, como el psicoanálisis, hayan resuelto tantos y tan graves problemas. Se trata nada menos que del hallazgo de la etiología y patogénia de la mayoría de los trastornos mentales

(1) JUNG, *The Theory of Psychoanalysis*, p. 4.

(2) BURROW, *Conceptions and Misconceptions in Psychoanalysis*, *The Journal of American Medical Association*, LXVIII, 5, 1917, p. 355.

que figuran en las obras de psiquiatría clásica bajo la etiqueta de *enfermedades de causa desconocida*. Pero, prácticamente, esto no es lo más importante, sino el hecho que FREUD ha descubierto el más racional y eficaz de los medios psicoterápicos, con cuyo auxilio se curan y alivian, de la manera más estable, las neurosis tributarias de los otros procedimientos de psicoterapia, y, además, cura o alivia psicosis ante las cuales está desarmada la psiquiatría tradicional.

Si las explicaciones del fenómeno patopsicológico y psicoterapéutico que dan FREUD y sus discípulos, son pasibles de objeciones, no sucede lo mismo con su método—que contrasta con la esterilidad de los que gozan hoy del favor de la popularidad—cuyos inapreciables resultados no pueden ser sino admirados.

Sin embargo, el modo de comprender los hechos, las hipótesis de los psicoanalistas, no son desmentidas por la observación clínica y parecen ser confirmados también por vía deductiva, como lo hemos intentado nosotros, a la luz de las enseñanzas de la psicología objetiva y genética.

Por lo demás, a pesar del paso de gigante que el psicoanálisis ha hecho dar a la medicina mental en la inteligencia de los procesos psicopáticos, desplazando hacia la psicología su centro de gravedad, quedan aún enigmas que desentrañar. El mismo FREUD lo reconoce: «Indudablemente—dice—, la vía analítica conduce a ciertas dificultades finales y obscuridades con respecto a la sexualidad y sus relaciones con la vida total del individuo; pero estas no pueden ser puestas de lado por especulaciones, sino que debe aguardar sus soluciones hasta que sean halladas por medio de otras observaciones o de observaciones en otras esferas». (1)

Facultad de Medicina
Setiembre 26, 1917.



(1) FREUD, *The History of the Psychoanalytic Movement*, p. 12.